



CARLOS ALBERTO MENDOZA

**HECHOS Y
PERSONAJES
COLOMBIANOS**
ANALIZADOS POR
UN PANAMEÑO



**HECHOS Y
PERSONAJES
COLOMBIANOS**
ANALIZADOS POR
UN PANAMEÑO

Una publicación de
Stamato Editores
Apartado Aéreo 103.172
Santafé de Bogotá, Colombia



© 1997 Carlos Alberto Mendoza



Primera edición:
Mayo de 1997



Impresión:
Impreandes Presencia S.A.
Santafé de Bogotá, Colombia

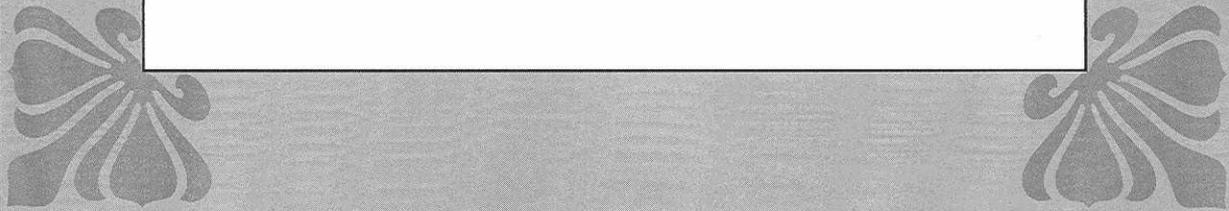


CARLOS ALBERTO MENDOZA

**HECHOS Y
PERSONAJES
COLOMBIANOS
ANALIZADOS POR
UN PANAMEÑO**



stamato editores





INDICE



Prólogo • 7

1. Claroscuros de Bolívar • 9

2. Algunos aspectos de un libro capital de Germán Arciniegas • 21

3. La Constitución Boliviana de 1826 y sus deplorables consecuencias • 31

I. Mocedades • II. La Carta de Jamaica • III. La desafortunada Constitución Boliviana de 1826 • IV. El conflicto planteado en la Convención de Ocaña • V. La dictadura y el desprestigio del Libertador • VI. Bolívar y Santander.

4. Santander, padre de la democracia en Colombia • 69

I. Rasgos biográficos • II. Carrera militar • III. Componentes de su personalidad. Lucha por la democracia • IV. La Gran Colombia, un imposible político • V. Conflicto con Bolívar, condena y exilio • VI. Reconocimiento en Europa de su labor democrática • VII. Retorno al poder • VIII. Organización de los servicios públicos • IX. La mujer en la vida de Santander.

5. Colombia y Panamá. El mensaje del maestro Germán Arciniegas • 117

6. El retorno liberal al poder con Ojave Herrera (1878-1921) • 123

Antecedentes • I. Actuación política • II. Retorno al poder

7. Carlos Lleras Restrepo en Panamá • 179

8. Homenaje de Panamá al doctor Carlos Lleras Restrepo • 185

9. La patología de la política • 197

10. Trayectoria evolutiva del liberalismo y posición de Otto Morales Benítez • 203

11. El mestizaje e Indoamérica: el mensaje de Otto Morales Benítez • 217

Indice de ilustraciones • 230





PROLOGO



No es este el primer libro que el doctor Carlos Alberto Mendoza ha escrito acerca de temas colombianos. Después de su grado *cum laude* como *Bachelor of Arts* de la Universidad de Harvard en 1956, de sus estudios de derecho en Nueva Orleans y España, su vida ha transcurrido entre la cátedra de ciencias políticas, los quehaceres jurídicos, las faenas políticas y periodísticas, la vida diplomática y las indagaciones históricas. Y uno de sus temas, casi obsesivo, entre estos últimos, ha sido la historia de Colombia. Tal vez, rastrear las huellas, las huellas envejecidas que el tiempo trata de confundir o distraer, haya sido uno de sus motivos. Todos queremos, cuando no hemos perdido la conciencia de la historia personal o de nación, ir tras unas improntas que nos develen las razones de una identidad que, a veces, aparece tan clara como una luz matinal y, en ocasiones, se convierte en un túnel lleno de zozobras. Nos pasa a quienes venimos de la suma no cuantificada de culturas y de soles, de aguas dulces y saladas, de brisas y

sopores. Volvemos la cara al Oriente para auscultar los rastros de la luz que, en otros días, iluminó los pasos de aquellos viajeros fundadores. Y tratamos de acompañarlos, en la memoria, hasta cuando la penumbra fue devorándolos en el atardecer de sus vidas. De ellos somos descendientes, y su luz y sus penumbras nos cobijan inclementes hoy. A ellos vamos, de ellos venimos. Y libros como este nos remontan a momentos felices de ese reencuentro con el pasado fugaz y necesario.

Carlos Alberto Mendoza, escritor, jurista, político, historiador y diplomático —miembro de las Academias de Historia de Panamá y Colombia—, con gran claridad y suficiente soporte bibliográfico, en unas doscientos páginas, nos da una impresionante lección de historia de Colombia. Impresionante por dos razones, sobre todo. Porque logra una síntesis envidiable, y porque coloca los hitos donde deben estar.

Comienza en la mocedad de nuestras naciones, cuando los fuerzas beligerantes de la

que va a llamarse Independencia, aún no saben a dónde apuntar. Y el debate no se deja esperar. Las figuras de Simón Bolívar y de Francisco de Paula Santander, ambos militares, pensadores y ejecutores, conciben el mundo libre, pero cada uno desde ópticas diferentes. La historia de nuestros países, agradecida y temerosa de agraviarlos, los ha maquillado y, hasta cierto punto, los ha desdibujado. Pocas veces, nos ha contado, con franqueza, las dificultades que tuvieron que superar y muchos de los errores que debieron cometer. Y cuando los hemos descubierto, en lugar de asumirlos como seres de carne y hueso, los hemos castigado como a los héroes-dioses mitológicos de la Grecia clásica. Carlos Alberto Mendoza tiene la virtud, precisamente, de verlos en su dimensión humana. Héroes que lucha-

ron por una patria libre, digna y soberana, en un continente que sus padres habían destruido para construir el que ya no sería el suyo, fundadores de una nueva química de hombres tan duros como tiernos.

Y así avanza en su libro, poniendo linderos aquí y más allá, con una prudencia insobornable. Todos nos independizamos y le llega el doble turno a Panamá. Entra el siglo y las constituciones que se dictan para reformar las anteriores, abren unos caminos y cierran otros. Pasan Núñez y Caro, pasan Reyes y luego los republicanos, pasan los conservadores y con la crisis mundial del capitalismo llega la República Liberal con Olaya Herrera, Alfonso López Pu-

marejo y Eduardo Santos. Del tránsito de la segunda Guerra Mundial, Carlos Alberto Mendoza salta a la presidencia más importante del siglo —si se piensa en la modernización del Estado con fines sociales—, la de Carlos Lleras Restrepo, al cerrar la década del 60. Y al analizar la vida y obra de Carlos Lleras Restrepo, como si se tratara de un solo país —las patologías de nuestros países siempre han sido uniformes y generalizadas—, se adentra en los males comunes a Panamá y Colombia que el poder viciado por la corrupción administrativa, económica y política ha generado.

Pero, el libro cierra esperanzado. Sus dos últimos capítulos los dedica a analizar el pensamiento del escritor, estadista y jurista, Otto Morales Benítez, en dos de sus más interesantes propuestas. La de un liberalismo social, escrupuloso, apegado a las bases populares; y, la sociológica, de un mestizaje indoamericano cuyas coordenadas nos sirvan de horizonte para entender al hombre que nació después del desembarco de las carabelas, después del pánico producido entre dos culturas que aunque se esperaban, jamás supieron asimilar el encuentro, después de poner a comulgar a los Dioses que apenas se intuían allá y acá y que al final terminaron aceptándonos como somos.

Isaías Peña Gutiérrez

Santafé de Bogotá, septiembre de 1996.

Carlos Alberto Mendoza

HECHOS Y PERSONAJES COLOMBIANOS ANALIZADOS POR UN PANAMEÑO

1

CLAROSCUROS DE BOLIVAR

Aproximación al Libertador

Con este título publicó la Academia Colombiana de Historia, al conmemorarse el segundo centenario del nacimiento del Libertador, una recopilación cuidadosa de testimonios que contemporáneos suyos escribieron acerca del hombre, examinándolo a través de sus respectivos puntos de vista. Viene a tenerse así una imagen directa, en la que está ausente el propósito de elogiarle. Está presente únicamente la faceta que el observador, ya nacional o extranjero, logró captar; y como son distintos los que opinan, cada cual se refirió a las cosas que le parecieron de mayor interés; de suerte que, al juntar esos testimonios en un sólo haz, como pacientemente lo han hecho los recopiladores, Aníbal Noguera Mendoza y Flavio de Castro, queda una visión global sobre su carácter, apariencia física, maneras de comportarse y de reaccionar frente a hombres y acontecimientos, que suministra al lector una fuente del mayor interés para conocer de cerca al héroe de la independencia.¹

Las sociedades bolivarianas se han encargado de proyectar una imagen sobrecargada, que no deja ver con claridad cuáles fueron, en su desnuda verdad, los rasgos del hombre, guiadas sobre todo por la idea de construirle un pedestal de gloria y admiración. Pero no es ésta

la tarea que la historia, entendida en su misión más certera, está llamada a desempeñar. Se requiere que ella trasmita a la posteridad un trasunto fiel de hombres y acontecimientos, única manera de proceder con imparcialidad y justicia.

He aquí por qué esta *Aproximación al Libertador* cumple una misión de primera importancia. Germán Arciniegas, como presidente de la Academia Colombiana de Historia, pronunció en Caracas, con motivo del bicentenario de Bolívar, un discurso que produjo comentarios adversos, en el que reclamaba, para juzgar a Bolívar, una luz distinta de la usual. En un párrafo medular de su discurso, afirmó:

«Yo no creo en las ideas de Bolívar: creo en su vida, en el momento de la afirmación vital cuando se lanza con puñados de valientes al combate absurdo, y lo gana. Lo gana contra la naturaleza, contra la estrategia, contra la lógica de los números. Las ideas las tuvo guardadas, como sin atreverse a echarlas a la luz del sol que todo lo destapa. Son esas ideas que andan escondidas bajo las cartas que escribe a Santander. En su sentido íntimo, esas cartas son un desafío a todas las generaciones de entonces y a las que siguieron, que debe tomarse en su sentido más radical. Si ustedes no son capaces de defender a América, ¡ que se la lleve el diablo !; que no hemos sabido defenderla nos lo enseñan los groseros atrevimientos de quienes se sienten autorizados para proponer soluciones que acaban

con nuestra independencia y nuestra dignidad internacional».

La amargura de Bolívar —prosigue Arciniegas— se transparenta cuando, en su carta de Jamaica, insinúa la posibilidad de entregar al gobierno británico las provincias de Panamá y Nicaragua para que forme de estos países el centro de comercio del universo porque los de su América no daban señales de poder administrarla. ¿Había perdido su fe en la independencia? ¿No creía en nosotros?

Más adelante el mismo Arciniegas dice, confirmando lo anteriormente expuesto: «Nosotros vemos a Bolívar como lección desesperada del luchador varias veces vencido y derrotado...»²

Las páginas que siguen intentan ofrecer al lector algunos rasgos de la personalidad de Bolívar, extractados de los variados testimonios que contiene el libro *Aproximación al Libertador*, publicado por la Academia Colombiana de Historia, que con esta cuidadosa recopilación abrió una nueva perspectiva que se aparta a la vez del ditirambo desmesurado y del ataque gratuito.

Ojalá esta síntesis promueva en el lector el deseo de adentrarse en la lectura del libro, en el que se presentan los lineamientos humanos, vistos de manera directa, por quienes pudieron apreciar de cerca los caracteres distintivos de una de las figuras más destacadas en la gesta de la independencia.

Su carácter díscolo y tempestuoso

Son palabras del propio Bolívar, cuando se encontraba en 1804 en Europa, las que a continuación se transcriben y que ponen en relieve la inestabilidad que le asediaba, su tendencia al lujo y al despilfarro, la necesidad de cambiar de un lugar a otro, por no encontrarse a gusto en ninguna parte:

«Rodríguez (Simón) no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna... Desde entonces, me atreví a confesarlo, desde entonces sus reconvenciones me molestaban y me obligaron a abandonar Viena para libertarme de ellas. Me dirigí a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fuí después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa. En fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres, pero en medio de estos placeres yo permanezco indiferente. Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte: un género de vida que me convenga. Pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado.»³

Flora Tristán, que trató de cerca a Bolívar

en París (1804) confirma que durante los dos años de su permanencia en Europa pasó la mayor parte del tiempo en esa ciudad, pero viajaba con frecuencia, pues no podía quedarse tres meses en el mismo lugar. He aquí, en primer término, un juicio sobre su formación y la vehemencia de su temperamento, y luego el relato de una fiesta en la que se excedió en sus críticas a Napoleón Bonaparte, provocando la indignación general de la concurrencia:

«Bolívar había abrazado los principios

de los vapores del vino de champán, que era extranjero y que reunía en su mesa a titulares de altas funciones, Bolívar se dejó llevar por su indignación contra el ídolo que se incensaba, su ardor no previó ningún peligro y la conversación, saliendo bien pronto de los límites de la decencia, se convierte en una disputa tumultuosa...»⁴

«Después de la escena de la comida se reconoció en el gran mundo de entonces, al cual Bolívar había querido hacer los honores de su fortuna que el joven americano era un hombre

muy activo y enérgico tal vez demasiado, tiene talento natural y una ilustración muy poco común, grande viveza y bastante conocimiento del mundo. No se abate en las desgracias pero es capaz en ellas de hacer cualquier violencia, en el suceso es orgulloso y muy confiado, en todos tiempos es injusto e incapaz de sujetarse a un orden, ni de respetar la ley que él mismo establece. Es pródigo con sus intereses y los de la República, pero nada toma para sí. Es vengativo, no olvida jamás una ofensa, pero se le ha notado que es consecuente con sus amigos. No tiene vicios, aunque es afecto a las mujeres. Es emprendedor y no perdona medio por injusto que sea para conseguir sus intentos. Tiene raptos de furia en que se excede de un modo que lo degrada. Es susceptible a la adulación y tiene pasión por la frivolidad». ⁶

He aquí un retrato de Bolívar que se acerca mucho a las dotes naturales que más le distinguieron. Exalta la altivez y el orgullo que le caracterizaron desde la infancia; su propensión a la violencia si era contradecido; la tendencia a no dejarse guiar por ordenamientos previamente establecidos, que no respetaba ni eran óbice para que actuara atendiéndose al solo dictado de su temperamento autoritario. Destaca además su prodigalidad y desinterés, que le inclinaban a despojarse de sus propios bienes si con ello podía remediar alguna desgracia o socorrer a un necesitado.

Coraje y energía en la adversidad

Joaquín Mosquera, persona prominente y muy afecto a Bolívar, hermano del célebre general Tomás Cipriano de Mosquera, refiere con pormenores la entrevista que sostuvo con nuestro héroe en circunstancias extraordinariamente adversas, que hacían temer por su vida:

«Seguí por tierra a Pativilca (Perú) y encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del tabardillo que había hecho crisis; pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto una acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz huca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no largar mis lágrimas y no dejarle conocer mi pena y mi cuidado por su vida.

«...Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe medio muerto; y con el corazón oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté: ¿Y qué piensa hacer usted ahora?

«Entonces avivando sus ojos huecos, y con tono decidido, me contestó: ¡ Triunfar !

«Esta respuesta inesperada produjo en

mi alma sorpresa, admiración, esperanzas, porque vi que aunque el cuerpo del héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que lo hacían tan superior en los grandes peligros».⁷

Este pasaje, en efecto, es uno de los que pintan con dramatismo aleccionador la entereza espiritual de Bolívar y le sitúan en un plano de superioridad sobre los demás héroes de la independencia. Incapaz de rendirse a las condiciones adversas, se crecía en ellas con temple de alma forjada en indomable voluntad de sobreponerse a la adversidad. Fue sin duda esta cualidad sobresaliente la que le permitió convertirse en la fuerza sin desmayos que lograría llevar a la cima la lucha separatista. Sin un Bolívar al frente de empresa de tantas dificultades, no se habría llegado a consolidarla. Aunque, también es verdad, el tremendo esfuerzo consumiría sus energías y su vida, hasta depararle el hondo pesimismo de sus últimos días, tan llenos de amargura.

Amor por el fausto y los honores

La opinión que se formó de Bolívar en 1816 el general alsaciano Ducoudray-Holstein no favorece a Bolívar.

«Su entrada en Caracas (agosto 4 de

1813) —comenta— fue brillante y gloriosa... El entusiasmo fue universal, en cada clase y cada sexo de los habitantes de Caracas. El bello sexo coronó a su Libertador. Ellas cubrieron las calles de flores, ramos de laurel y de olivo, a su paso por las calles de la capital. Los gritos de millares se mezclaron con el ruido de las salvas de artillería, las campanas de los templos y la música; la muchedumbre fue inmensa.

«...Pero aquí no puedo omitir la mención de un singular trato, característico de la vanidad de la cual ya he hablado. Antes de la entrada a Caracas se preparó una especie de carroza triunfal semejante a aquellas que usaban los cónsules romanos cuando regresaban de sus campañas después de una victoria importante. Tales carrozas eran tiradas por caballos; pero el carro de Bolívar fue tirado por doce damitas distinguidas, elegantemente vestidas de blanco, adornadas con los colores nacionales y todas seleccionadas entre las primeras familias de Caracas. Ellas lo condujeron por cerca de media hora, desde la entrada a la ciudad hasta su residencia...»⁸

No ocultaba el alsaciano su menosprecio hacia la exagerada vanidad de Bolívar, que se iniciaba en la carrera militar y ya mostraba el orgullo de sentirse en la cumbre de los merecimientos, hasta el punto de hacerse conducir en carro triunfal arrastrado por las frágiles manos de jóvenes de la aristocracia.